¿Por qué no?

Aileen Diolch

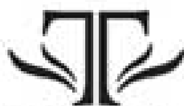


e terciopelo

¿Por qué no?

Aileen Diolch





Primera edición en este formato: junio de 2014

Fotografía de la portada: Archivo Shutterstock

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.
08003 Barcelona.
info@rocaebooks.com
www.rocaebooks.com

ISBN: 978-84-15952-49-7

¿POR QUÉ NO?

Aileen Diolch

El esperado debut en España de una de las autoras que más ha contribuido con la difusión del género romántico.

Una historia amena y divertida donde pasado y presente se entrelazarán en las vidas de una mujer y un hombre despertando sentimientos que creían olvidados.

La vida de Em gira alrededor de pasteles, tartas y dulces. Una vida tranquila que se trastoca cuando recibe una llamada: su hermana se casa y quiere que esté a su lado. Em no conoce a su futuro cuñado porque ¡ni siquiera sabía que su hermana tenía un novio! Pero lo peor no es eso, sino que, en la boda, podría reencontrarse con Saúl. Entonces, Em contará hasta tres, hasta diez... hasta cincuenta intentando convencerse de que ya no siente nada por el chico que le rompió el corazón en su juventud. Sin embargo, Saúl intentará convencerla de lo contrario.

ACERCA DE LA AUTORA

Aileen Diolch nació en Madrid el día de Reyes de 1979. Lectora empedernida desde la infancia, cursó la carrera de Historia y se especializó en estudios de la Edad Media. En 2009 fundó la página Yo leo RA (www.yoleora.com), una de las páginas web pioneras en especializarse en el género romántico y de la que derivan incontables actividades y acciones para la promoción del género. Como autora, ha participado en diferentes antologías de relatos del género y ¿Por qué no? es su primera novela. Actualmente, reside en Ciempozuelos (Madrid) junto a su esposo y su hijo.

Índice

A Juan y Gabriel
Mis dos chicos perfectos

El amor es: el dolor de vivir lejos del ser amado.
Anónimo

Capítulo 1

*E*l timbre del teléfono resonaba en la cocina de la pastelería *Sweet* a la espera de que alguien lo descolgara. La puerta batiente se abrió de golpe y una joven que portaba un gorro de cocina y un delantal manchado, con lo que podrían ser restos de mermelada de frambuesa, apareció detrás de ella corriendo despavorida para coger el aparato.

—Ya voy, ya voy… —dijo en voz alta como si quien estuviera al otro lado de la línea la pudiera escuchar.

De pronto, el sonido paró.

—¡Venga ya! —Se quitó el gorro y lo dejó con demasiada fuerza sobre una de la mesas de acero inoxidable que ocupaba la mayor parte de la estancia. Se apartó el rubio cabello del rostro y resopló mientras por su boca escapaba más de un improperio—. Si lo sé dejo el *coulant* de chocolate [1] en la cámara frigorífica antes de… —Se golpeó en la frente en cuanto le vino a la mente la imagen del bizcocho que estaba preparando para la clase que iba a tener en una hora. Agarró el gorro y se dirigió de nuevo hacia la habitación que hacía las funciones de escuela-taller, donde le esperaba el postre, pero no avanzó ni dos pasos cuando el teléfono volvió a sonar.

—¿Quién es? —contestó con algo de brusquedad.

—¿Emily, eres tú? —preguntó su interlocutor dudando que pudiera haberse equivocado a la hora de marcar el número.

—Eve, qué…

—Tía, tía… —una voz infantil se coló en la conversación.

—Calla Oliver que no oigo —le reprendió su madre.

—Pero yo quiero hablar con la tía —refunfuñó el niño.

—Sí. Ahora. Cuando acabe…

—Pero…

En el rostro de Emily asomó una divertida sonrisa mientras escuchaba a su hermana y a su sobrino discutir. Llevaba mucho tiempo sin saber de ellos… bueno, más bien desde la pasada noche.

Sin soltar el auricular apoyó la espalda en la pared de color azul y dejó vagar la mirada por la habitación. A pesar de que ya habían pasado varios años, todavía le costaba creer que fuera la dueña de todo lo que le rodeaba. Una pastelería en la que compaginaba sus dos pasiones: crear cualquier tipo de dulce para después venderlo y enseñar, ya que en *Sweet* —así era como había bautizado a la tienda— se impartían pequeños talleres donde se aprendía repostería.

Y era suyo. Todo suyo… y del banco.

—Em… ¿Em, estás ahí?

La voz de su hermana la devolvió al presente.

—Sí, perdona. Estaba distraída —se disculpó.

—No has prestado atención a nada de lo que te he dicho —acusó.

Emily puso los ojos en blanco y dejó que su espalda resbalara por la pared hasta que su trasero se posó sobre el suelo de baldosas.

—No, no te he escuchado —anunció con resignación mientras pensaba que esto se iba a alargar.

—Siempre te pasa igual —escupió Eve—. Cuando te hablo no me escuchas. Seguro que estarás sentada en esa cocina pensando en tu estupenda tienda. Sola. Emily tienes que…

La repostera se volvió a evadir de la conversación.

Era verdad, estaba sola, pero era porque ella lo había elegido así. Había levantado un negocio de la nada y ahora le tocaba mantenerlo. Tenía que hacerse cargo de las facturas que llegaban cada mes. Debía pagar el crédito que el banco le había concedido a regañadientes… Todavía no entendía cómo se lo habían concedido. A pesar de presentar al director de la sucursal un proyecto bien construido, donde no existía ningún punto de fuga que pudiera impedirle conseguir ese préstamo, le puso muchas pegas, como su edad. ¡Su edad! Sólo tenía treinta y dos años, y aún se consideraba joven —aunque había mañanas en las que el reflejo del espejo no ayudaba mucho—. En

palabras del director: sus años eran un inconveniente —eso, y el hecho de ser mujer— porque la maternidad podía llamar a su puerta y entonces cerraría la pastelería y no podría seguir pagando las letras…

Esa diatriba era una locura y eso mismo le gritó al hombre de traje gris, sentado detrás del escritorio. Ella podría tener hijos si quisiera —aunque no estaba dentro de sus planes de futuro, ni a corto ni a largo plazo— pero nunca cerraría la pastelería, ni dejaría de pagar. Si eso llegaba a suceder era su problema.

Ante su estentórea reacción, la cara del director fue un poema. La obligó a sentarse, le miró a la cara y le denegó el préstamo por no tener aval. Necesitaban una garantía de que habría alguien o algo detrás que le pudiera fiar. Pero no valía cualquier aval, sino uno que tuviera una base sólida y solvente.

Aún recordaba cuando estuvo a punto de utilizar para el préstamo la casa familiar que compartían su hermana y ella, junto a su sobrino, y que habían heredado tras la muerte de sus padres. Eve le había dicho que lo hiciera, que ofreciera las escrituras de la vivienda para que pudiera conseguir su sueño, pero no pudo. Sólo de pensar en la posibilidad de que pudieran quitarles su hogar, si la pastelería marchaba mal, le provocaba terrores nocturnos, por lo que no pudo ofrecer ninguna otra alternativa que convenciera al Banco.

Lo veía ya perdido, hasta que recibió una llamada donde le indicaban que le concedían el préstamo.

En su momento, no entendió nada pero como decía su abuela: «si te lo dan cógelo». Y eso hizo. Firmó todos los papeles, sin prestar mucha atención a lo que rubricaba —un consejo: hay que LEER TODO—, creó *Sweet* y una tarde, mientras le echaba un ojo a la documentación del crédito, comprendió qué había sucedido…

—¡Em! —gritó su hermana por teléfono—. Emily, lo has vuelto a hacer —le recriminó.

—Eve, tengo muchas cosas pendientes y…

—Pues si me escucharas ya haría horas que estarías haciendo eso que tienes pendiente —interrumpió con retintín.

Emily bufó. La hermana mayor acababa de hacer acto de presencia. Se tragó sus palabras y puso los ojos en blanco.

—Dime.

—¡Mamá se casa! —escuchó a Oliver de fondo, junto a la música de un videojuego.

—¡Oliver! —Eve regañó a su hijo.

—Jooo… es que como te enrollas tanto en explicarlo… La tía volverá a pensar en sus cosas y yo tendré que escucharte de nuevo, y…

—¡¿Eve, te casas?! —Em preguntó incrédula, pero no recibió respuesta alguna ya que su hermana seguía sermoneando a su sobrino —. Eve… Eve… —la llamó sin obtener ningún resultado—. ¡Eva!

—Te he dicho que no me llames así —le dijo cuando utilizó su verdadero nombre.

Emily se rió.

—Así te bautizaron —señaló lo evidente mientras escuchaba un galimatías enrevesado de lo que pensaba de ese hecho—. Te lo he dicho mil y una veces, y aquí va la mil dos: no entiendo por qué no te gusta que te llamen Eva, si es precioso.

—Tengo mis motivos —sentenció cortante.

En la cara de la repostera apareció una pícara sonrisa.

—¿No será por lo de Eva y la manzana? —tanteó sabiendo la respuesta.

—Em, no sé por qué te gusta tanto pincharme con esa historia…

—Venga hermanita, si sabes que te quiero —dijo zalamera.

—Ja —soltó—. Estoy cansada de escuchar la misma frase manida para ligar por parte de los hombres, para que encima venga mi hermana y bromee…

—Eve…

El silencio reinó en la línea telefónica.

—Eve… —insistió de nuevo.

—Dime Emilia —espetó utilizando su verdadero nombre, al mismo tiempo que ambas estallaban en sendas carcajadas.

Aunque su hermana y la mayoría de la gente cercana, para dirigirse a ella usaban el nombre de Emily o Em, en realidad sus padres la bautizaron como Emilia, en honor a su querida abuela a la que tanto

añoraba. Y aunque no era un nombre que le desagradara, se había acostumbrado a que utilizaran la versión inglesa o en su caso el diminutivo.

—¿Qué es eso de que te casas? —preguntó retomando el motivo de la llamada.

—Em… yo… —tartamudeó. Ahora que había conseguido que su hermana menor le prestara atención no sabía por dónde empezar.

La pastelera apoyó la cabeza en la pared mientras esperaba que Eve se explicara. No comprendía muy bien lo que había querido decir con que se casaba… bueno, lo de casarse sí lo entendía pero… ¡¿ella?! ¡Eva Martínez Blanco! La hermana —la única que tenía— que renegaba del matrimonio más que ella misma, después de que su primer marido, aquel que le doraba la oreja, aquel que le decía que la amaba mucho y que le pondría la Luna bajo sus pies, se había ido con la vecina de enfrente, a la casa de enfrente, donde se prodigaban carantoñas que debían sufrir todos los días desde su ventana. No, no podía creer que su hermanita mayor se fuera a casar.

—Eve, no puede ser verdad —estalló sin esperar a que se explicara.

Su hermana calló. La línea de teléfono se quedó muda a excepción de la música del videojuego con el que jugaba su sobrino.

—Le quiero —anunció de pronto.

—Pero… —No sabía qué decirle.

Hacía un mes que se había marchado de vacaciones al pueblo, con Oliver. A su retiro rural, como a ella le gustaba llamarlo. Por el contrario, Emily lo denominaba «el pueblo ese que está perdido de la mano de Dios».

—No, Em —interrumpió—. Me voy a casar. Nos vamos a casar —corrigió.

El silencio volvió a recorrer la línea de teléfono. Ninguna de las dos hermanas supo qué decir hasta que Emily preguntó.

—¿Cuándo?

—En diez días —espetó.

—Pero, Eve…

—Emily está decidido —la cortó de nuevo—. Me caso en algo más

de una semana y quiero a mi hermana conmigo —explicó atropelladamente.

La repostera se giró sobre sí misma, mirando todo lo que le rodeaba. Las mesas estaban repletas de tartas esperando a ser repartidas o recogidas por los clientes que las habían encargado; además, estaban los cursos, sus alumnos…

—Eve, no sé si podré. Tengo…

—Me caso y quiero que mi hermana pequeña esté conmigo en ese día —ordenó utilizando un tono de voz que no dejaba opción a réplica.

—De acuerdo —claudicó reticente.

—Habla con Silvia o con Beatriz para ver si pueden ayudarte —indicó Eve.

Emily soltó el aire que retenía e intentó deshacer el lío en el que se había metido con el cable del teléfono, el cual se había enrollado alrededor de su cuerpo, mientras buscaba explicarle a su hermana los inconvenientes de dejar en manos ajenas la pastelería.

—Silvia está de viaje. Su jefe le ha mandado a no sé dónde, para hacer no sé qué fotos para la revista, por lo que no puedo contar con ella.

—¿Y Bea? —interrogó.

Em resopló.

—Eve, ya sabes que Bea tiene mucho follón con la cafetería pero hablaré con ella y si no preguntaré a Susi o a Álex —anunció con resignación.

—¡Mamá!¡Mamá! —gritó Oliver.

—Ya voy — dijo Eve a su hijo—. Te tengo que dejar.

—Vale —Em señaló pero ninguna de las dos colgó el teléfono.

—Eve…

—Em…

Se llamaron al mismo tiempo logrando arrancarles una sonrisa.

—¿Eres feliz? —la repostera preguntó con curiosidad.

—Sí —afirmó rotunda su hermana.

Un nuevo silencio las rodeó.

—Nos vemos en unos días —anunció Emily.

—Nos vemos —repitió Eve.

---

1. Postre de chocolate patentado por el chef Michel Bras en 1981 que se presenta como pequeño bizcocho de chocolate con el interior relleno de chocolate líquido, de este modo cuando se parte el volcán de chocolate se extiende por el plato y el cubierto.

Capítulo 2

Se había levantado esa mañana temprano para evitar encontrarse atasco en la carretera pero… no había tenido suerte.

Primero el despertador había sonado a la hora que había querido. Lo que le llevó a darse una ducha rápida. Desayunó deprisa —si a un café recalentado se le podía llamar desayuno—, se vistió con unos vaqueros y una camiseta amarilla vieja, muy vieja —tenía más de un enganchón— y cuando estaba a punto de salir por la puerta, una llamada la retuvo. Era Beatriz, su amiga y dueña de la cafetería *El Hogar de Bea*, situada en la plaza del pueblo donde vivía, y aunque también vendía algo de bollería en su establecimiento, no existía competencia alguna entre ellas. En *Sweet*, Emily preparaba tartas y algún que otro postre de encargo, además de compaginar esa actividad con la escuela-taller y en cambio, Bea lo que ofrecía a su clientela era algún pequeño acompañamiento para el café o para cualquier otra bebida. Eran amigas desde la infancia y siempre que alguna de las dos tenía un problema estaban ahí para ayudarse y en este caso, Bea era quien le iba a hacer el favor de entregar los últimos encargos a sus clientes. De los cursos ya se había ocupado ella, al recolocar a sus alumnos en otros días.

—Menos mal que te pillo.

Fue el saludo que recibió nada más descolgar el teléfono.

—Bea, ¿sucede algo? —Emily preguntó cuando identificó la voz de su amiga.

—No, no te preocupes —dijo—. Solo te llamaba para que supieras que me ha surgido un imprevisto…

—Ya está. Está decidido —interrumpió la pastelera—. Me quedo. No voy a esa dichosa boda…

—Ehh… Más despacio, Em. Es un imprevisto con el que no contaba, pero todo en esta vida tiene solución… menos la muerte y eso algunos podrían rebatírtelo —indicó Bea—. El caso es que Álex va a ir a *Sweet* y necesitaba que me confirmaras que la llave de emergencia que tienes debajo del poyete de la ventana sigue allí.

Alejandra o Álex, como quería que la llamaran, era una pelirroja a la que le gustaban las motos y que se había unido a su grupo de amistades recientemente. Y aunque la conocía desde hacía poco, gracias a que la dueña de *El Hogar* las presentó, habían simpatizado enseguida.

Emily resopló y apagó las luces de su casa.

—Sí. Están allí —confirmó resignada mientras asía las llaves—. Bea, de verdad que si te estoy complicando las cosas puedo quedarme y decirle a mi hermana que no he podido escaparme.

—Em, cariño. Todo va a ir bien —la tranquilizó—. Vete a esa boda. Haz muchas fotos que queremos conocer al misterioso novio y vuelve cuando quieras.

Después de eso, las dos mujeres se despidieron. Em cogió el coche, un Fiat 1 amarillo que tenía más años que el abuelo de Heidi y se dirigió hacia «el pueblo ese que está perdido de la mano de Dios».

En cuanto se sumergió en la carretera y se alejó de las últimas ciudades que conformaban la Comunidad de Madrid, tuvo que parar de golpe el vehículo. La cola de coches que había por delante de ella se movía a la velocidad de las tortugas, si se movía, porque Emily ya dudaba que cambiara de marcha en la palanca de cambios.

Iba a llegar tardísimo.

Puso la radio, en una cadena donde los clásicos de los ochenta eran los protagonistas del dial, y se armó de paciencia. Mucha paciencia…

Sonaba *It's Raining Men* de The Weather Girls cuando Emily observó como la carretera se vaciaba, los coches empezaban a coger velocidad y pensó que quizás ese viaje no se le iba a eternizar.

—Y tiene que ser justo con esta canción cuando parece que llega un

respiro —dijo en voz alta mientras gruñía y se ponía en movimiento, mientras unos ojos azules aparecían entre sus recuerdos.

Eran las fiestas del «pueblo ese que está perdido de la mano de Dios», de donde era originaria su abuela Emilia, y al día siguiente cumplía 20 años. Eve le había preparado una fiesta sorpresa para esa noche o por lo menos lo había intentado porque su hermana no se prodigaba mucho de saber guardar secretos. Reunió a todos sus «amigos de verano» —los llamaban así porque sólo se veían en vacaciones—, en el patio de la casa de Santiago, uno de los chicos que vivía en el pueblo todo el año, y junto a las gallinas, conejos y una vaca —animales que residían en el patio trasero de la vivienda— llevaron a cabo lo que su hermana mayor calificó como la fiesta del año.

A la hora, estaba todo muerto.

La cadena de música se había roto. No habían conseguido suficiente comida y bebida, y se había acabado al poco de llegar Emily a su cumpleaños. Sólo quedaba una tarta… una pequeña tarta de chocolate. No había velas… a Eve se le había olvidado comprarlas.

Viendo esa situación, por decisión unánime, se marcharon a la plaza del pueblo, donde tocaba la banda de música que el ayuntamiento había contratado para las fiestas patronales, y así podrían echarse unos pasos de baile y unas risas.

Ella decidió quedarse, tras prometer a su hermana que iría después de comerse su trozo de pastel. Se sentó en una de las sillas de madera y disfrutó de la tranquilidad que le ofrecía la noche. Estaba sola, rodeada de animales pero sola.

Se levantó un poco de viento trayendo algo de frío junto a la melodía de la canción que tocaba el grupo y se rió al pensar en la letra de la canción.

—Si en verdad llovieran hombres deberíamos estar siempre bajo techo —dijo en voz alta.

—Yo creía que eso era lo que querían las mujeres —interrumpió una voz masculina sus pensamientos.

Emily se volvió hacia el chico de pelo moreno y ojos azules que acababa de llegar y no pudo evitar regalarle una sonrisa de bienvenida.

—¿Qué haces aquí? —indagó curiosa.

Él observó el patio desierto y la miró.

—Venía a una fiesta…

Em se llevó una cucharada de tarta a la boca y señaló lo que les rodeaba.

—Se han ido todos —indicó—. Has llegado un poco tarde.

—Bueno… —arrastró una silla y se sentó junto a ella—. Tenía que trabajar.

—Ajá —asintió comiendo un poco más del postre mientras el silencio los envolvía.

De pronto, le preguntó.

—¿Por qué no te has ido con ellos?

Emily expulsó el aire que retenía y dejó el plato vacío encima de un pequeño murete de ladrillo.

—Me apetecía estar sola —explicó.

Volvieron a callarse.

Estaban ahí, rodeados de gallinas, los dos solos y no sabían qué decirse.

Pasado un tiempo, ella se levantó, se estiró los vaqueros que llevaba, intentando quitar unas imaginarias arrugas, y se despidió.

—Me voy.

—Emily… —susurró.

No la tocó. Ni siquiera la había rozado pero con solo pronunciar su nombre la detuvo.

—No hagas esto —le rogó él—. No nos hagas esto.

Aunque le daba la espalda, el temblor de sus hombros fue la prueba fehaciente que le confirmó que también ella lo estaba pasando mal.

—Emily… —repitió su nombre.

Ella se volvió. Las lágrimas corrían con libertad por su rostro y la ira brillaba en sus negros ojos.

—¿Cómo puedes decirme eso? —preguntó—. Cómo puedes…

El chico se le acercó e intentó agarrarla.

—No. —Se alejó con brusquedad de él—. No se te ocurra tocarme —escupió.

Las manos masculinas cayeron inertes.

—Emily, yo… —trató de explicarse pero no pudo.

Le miró, se abrazó a sí misma y soltó el aire que retenía.

—Mira… —Trastabilló unos pocos pasos hacia atrás alejándose más de él—. Tenías razón. Somos muy jóvenes todavía y debemos… —dudó mientras miraba a su alrededor— conocer más gente.

Él la observó mostrando en su rostro una sonrisa cínica. Sabía que esa era la excusa que le había ofrecido cuando rompió con ella pero ahora, cuando Emily la exponía en voz alta, le sonaba demasiado fría. Lo había hecho por ella, por su bien…

—Emily, yo…

—No, Saúl. Adiós. —Y se marchó.

El claxon de un coche que le adelantaba la devolvió al presente. Miró al conductor y le levantó el dedo corazón para saludarle.

—Será imbécil —le insultó en voz alta mientras apagaba la radio.

De repente, un cartel de la carretera le señaló que su destino estaba a menos de 15 kilómetros y un escalofrío le recorrió de arriba abajo.

—Saúl…

Eso había pasado hacía muchos años.

Su primer novio, su primera vez… Saúl había sido el primero en todo pero aunque decían que el primer amor no se olvidaba, Emily luchaba por conseguirlo y, según ella, lo había conseguido. Había crecido, había madurado, tenía un negocio propio, una vida. Había conocido más chicos, hombres con los que buscó cumplir esa tarea, olvidar el pasado, pero…

—Si ya no te acuerdas de Saúl, ¿por qué acabas de recordar ese momento, Em? —se reprendió al mismo tiempo que golpeaba el volante.

Apartó algunos de los mechones rubios que se habían escapado de

la coleta donde tenía aprisionado su cabello y bufó.

—Esto va a ser duro, muy duro —se mentalizó—. Aunque, por otra parte, quizás no siga viviendo en el pueblo —dijo esperanzada aunque sabía que se engañaba a sí misma mientras observaba en la lejanía el campanario y algunas de las casas del lugar al que se dirigía.

Capítulo 3

—¡Tía! —la saludó su sobrino—. ¡Mamá! ¡Mamá! ¡La tía ya ha llegado!

Bueno, si había pensado pasar inadvertida, lo acababa de descartar. Las voces de Oliver debían haber alertado de su llegada a todo el pueblo.

—Hola, Oliver. ¿A dónde vas?

El niño le dio un beso y se montó en la bicicleta.

—Al río —dijo mientras se alejaba.

Em observó cómo, vestido con unas bermudas de color amarillo chillón y una camiseta negra, desaparecía de su vista.

—Creo que no me ha echado mucho de menos —señaló con ironía al mismo tiempo que recogía su bolsa de viaje y entraba en la gran casa de piedra que habían heredado de sus abuelos.

Le recibió el ruido del televisor del salón, el sonido de la radio en la cocina y pisadas en la planta de arriba mientras escuchaba una vieja melodía cantada por su hermana.

—Hogar. Dulce hogar. —Tiró la maleta sobre el sofá y fue a la nevera a coger una botella de agua.

Hacía mucho que no iba a esa casa. A ese pueblo. Más de once años. Había sido su decisión. En un arranque de enfado, de auto convencimiento, de… para qué engañarse, había tomado ese camino porque no quería encontrarse con Saúl, mostrarle una sonrisa condescendiente que reflejara que no le sucedía nada, aunque por dentro se estuviera mordiendo la lengua y, con sinceridad, solo tenía una lengua, por lo que debía durarle toda la vida. Sabía que podía tropezarse con él en cualquier momento ya que vivía allí —o a lo

mejor tenía suerte y se había trasladado a Marte—, pero ella era otra persona. Había madurado, había crecido, le había olvidado…

De pronto algo llamó su atención, un conejito rosa con una oreja más grande que la otra, que sentado en una de las baldas de la estantería del comedor la observaba sin quitarle ojo. Lo cogió y comprobó que seguía igual de suave que cuando se lo regaló Saúl.

—Ha estado ahí desde que te marchaste. —La voz de Eve la sorprendió.

Em dejó el peluche en su lugar y se volvió para mirar a su hermana, quien con una toalla alrededor de su cuerpo y otra en la cabeza era la evidencia de que se había duchado.

—La abuela pudo tirarlo —indicó refiriéndose al muñeco.

Le dio un beso, cogió la bolsa de viaje y se dirigió a su cuarto, en el piso de arriba.

—Pensaba que algún día podrías volver y al verlo…

Eve se interrumpió al chocar contra la espalda de Emily quien se había detenido delante de la puerta de su antigua habitación infantil.

—Está igual —susurró.

—La abuela pensó que cuando volvieras querrías que todo estuviera igual que antes —explicó su hermana con una sonrisa.

Em negó con la cabeza y dejó la maleta sobre la cama.

—Espero que no sea el mismo colchón —señaló con una sonrisa.

—Pues…

Ambas estallaron en una carcajada relajando el ambiente. Su hermana mayor se sentó a su lado y apoyó la cabeza sobre su hombro.

—Gracias por venir.

—No hay que darlas pero… —la miró— ¿quién es el afortunado?

—Esto… —Se puso colorada.

Eve se levantó de la cama, se deshizo de la toalla que llevaba en la cabeza y dejó que los dedos peinaran su largo cabello dorado, intentando alargar el momento.

En el rostro de Em se dibujó una dulce sonrisa mientras la observaba. Su hermana mayor estaba nerviosa, parecía una colegiala que quería escapar para no afrontar esa pregunta, y le divertía, le

divertía mucho. Iba a disfrutar de esa situación.

—Venga, Eve, no creo que sea Santiago por lo que puedes decírmelo sin problemas.

En ese momento, su hermana detuvo sus movimientos y en sus ojos verdes —la genética le había favorecido con la mirada de su madre— pudo ver que había acertado.

—¡Es Santiago! —gritó mientras se llevaba la mano a la cara y dejaba que su cuerpo cayera en toda su extensión sobre el colchón—. Pero Eve…

—Em, ha cambiado. Él…

Ella bufó.

—Quien es un mujeriego lo es siempre, hermanita —la sermoneó.

El silencio las rodeó.

—Llevas mucho tiempo sin venir al pueblo, sin…

Eve se incorporó y la enfrentó.

—Eso no impide que le conozca. Ya sabes lo que le gustaba ir detrás de una falda o mejor dicho, de una mini-falda.

Su hermana la miró, negó con la cabeza y se marchó, no sin antes decir la última palabra.

—Ha cambiado. Santiago ya no es quién era y esta noche lo comprobarás.

—¿Esta noche? —preguntó—. ¿Qué pasa esta noche?

Pero no recibió respuesta alguna. Eve había desaparecido pasillo adelante dejándola sola.

Ahí estaba. Esperando a los invitados de una cena de compromiso, de reunión familiar, de «como quieras llamarlo», mientras su hermana no le dirigía la palabra y su sobrino no apartaba la vista de la pantalla de televisión.

—¿Te ayudo? —preguntó solícita a Eve.

Su hermana que se había puesto muy elegante, con un vestido negro que le llegaba hasta un poco más arriba de las rodillas y se había recogido su larga melena en un intrincado moño, la miró —si

las miradas matasen ella ya estaría en el ataúd, enterrada y con la arena encima— y le dio un plato con una tortilla de patatas.

—Toma —le dijo.

Emily suspiró, colocó la comida sobre la mesa y volvió a acercarse a su hermana.

—Perdona… —se disculpó—. Puede que mis palabras estén influenciadas por el pasado…

Eve elevó una de sus delicadas cejas en un gesto interrogante.

—¿Puede?

Em bufó con desgana.

—Vale, debería pensar antes de hablar. Y puede que Santiago haya cambiado…

—Ha cambiado —la cortó su hermana.

—Pero, Eve, entiéndeme —rogó.

Ella la miró, cruzó los brazos y movió su cabeza animándola a que se explicara.

—Primero me llamas a *Sweet* para decirme que te casas. Nunca me has hablado de ningún novio o algo parecido —extendió los brazos y los dejó caer inertes—. Y ahora me dices que tu futuro marido es Santiago…

—Santiago es guay —interrumpió Oliver desde al salón—. Se pasa todas las pantallas de los videojuegos.

Eve sonrió ante el comentario de su hijo.

—De acuerdo —claudicó—, tengo algo de culpa por no contarte lo de Santiago pero…

—¿Desde cuándo? —preguntó incisiva.

—¿Desde cuándo qué?

Em miró de reojo a su sobrino, confirmando que seguía atento a la televisión, y devolvió su atención a su hermana.

—¿Desde cuándo tú y él…? —Movió las manos en un gesto sin sentido.

Eve la observó sin saber muy bien a qué se refería hasta que cayó en la cuenta y se rió.

—¿Juntos? —Emily asintió—. Hace dos años.

—¿Dos años? —repitió incrédula.

—Ajá —Eve confirmó y cogió la ensalada para llevarla a la mesa, dejando que su hermana asimilara sus palabras.

—Pero… —No sabía qué decir—. ¿Por qué no me lo dijiste? —la increpó a su vuelta.

—Emily, cada vez que quería contarte algo del pueblo, tú me decías que no querías saber nada —señaló.

—Ya, pero…

—Ni peros, ni nada —interrumpió—. Santiago y yo llevamos viéndonos dos años. Él ha ido a Madrid, yo…

—¿Ha ido a Madrid a verte? —preguntó asombrada.

—Sí —Eve confirmó con una sonrisa soñadora.

—¿Y cómo no me he enterado yo?

Su hermana la miró, le dio un dulce beso en la mejilla y cogió los vasos para llevarlos al salón.

—*Sweet* —sentenció.

—*Sweet* —repitió ella.

Era verdad. Desde que había puesto en marcha la pastelería su mundo se había volcado sobre la tienda.

Se sentó en una de las sillas de la cocina y esperó a que regresara Eve.

—De acuerdo, he vivido en otro mundo —confesó.

—Ajá —confirmó su hermana.

—Puede… —dudó—. Puede que Santiago haya cambiado.

—Ajá —asintió de nuevo Eve.

—Pero… ¿casarse? —preguntó incrédula.

Su hermana mayor se arrodilló delante de ella, hasta tener sus ojos a la misma altura, y le dijo.

—Le quiero.

Emily acarició su mejilla.

—¿Te hace feliz?

—Sí —respondió.

—Le daré una oportunidad —sentenció al mismo tiempo que le daba un beso.

—Gracias —le agradeció su hermana—. Y ahora, ¿no vas a cambiarte? —le preguntó Eve de forma sibilina.

Ella la miró sin comprender. Vale que era una cena de compromiso pero todos se conocían —a pesar de que llevaban años sin verse—, por lo que no entendía qué tenían de malo sus vaqueros y su camiseta rosa con el logotipo de Playboy.

—Creo que…

—Tía, ¿no te vas a poner guapa como mamá? —interrogó con inocencia Oliver apareciendo por detrás de la puerta de la cocina.

Em posó sus ojos negros en madre e hijo, mientras se entrecruzaban miradas cómplices.

—¿Qué pasa aquí? —escupió a la defensiva.

Eve avanzó un par de pasos hacia ella.

—Tengo que contarte una cosa…

Emily negó con la cabeza al mismo tiempo que cerraba los ojos. Sabía que no le iba a gustar lo que le iba a decir.

—El padrino de Santiago es…

El timbre de la puerta sonó en ese mismo instante interrumpiendo las palabras de su hermana. Ambas se miraron.

—Voy —indicó Oliver y salió corriendo hacia la puerta.

Capítulo 4

*E*ve le suplicó perdón con la mirada y fue a recibir a sus invitados, mientras ella negaba con la cabeza sin poder creer dónde se había metido.

—No puede ser verdad —murmuró—. No puede ser verdad —repitió al mismo tiempo que intentaba arreglar su cabello, observando su reflejo en el cristal de uno de los armarios.

Soltó el aire que retenía y contó hasta diez o… hasta veinte…

—Mejor hasta cincuenta —se dijo a sí misma y cuando terminó, salió de su escondite.

Había avanzado un par de pasos cuando sus pies se anclaron al suelo. Delante de ella estaba una pareja muy acaramelada, que en cuanto la vieron se separaron y le ofrecieron una tímida sonrisa, y allí, sentado en el sofá, junto a su sobrino, se encontraba él.

—Emily —reclamó su atención Eve—. Este es Santiago —le presentó al hombre que estaba junto a ella.

Habían pasado algunos años pero si se lo hubiera cruzado por la calle lo habría reconocido enseguida. Esa sonrisa que se reflejaba en sus ojos marrones era inigualable. Era alto, bastante, pero al igual que había crecido hacia arriba había crecido hacia lo ancho, una barriguita prominente era la prueba fehaciente de que la vida le había tratado bastante bien. Pudo observar que en su cabeza el cabello empezaba a escasear y que unas pocas arruguillas enmarcaban esos ojos que aún hoy brillaban ofreciendo la confianza de antaño.

—Hola, Em. —La dio dos besos.

—Santiago… —No sabía qué más decirle—. Esto… ¿Me he enterado que te casas?

La pareja compartió miradas y estallaron en una carcajada. Santiago agarró a Eve de la cintura y la miró.

—Eso me han dicho. He intentado escaparme pero una Eva del Paraíso me ha atado bien en corto.

Su futura mujer le observó con ojos de adoración, le dio un beso en los labios y una suave palmadita en la barriga.

—Anda, tonto. Sentaos en la mesa que la comida se enfría.

Emily, anonadada, siguió a su hermana hasta la cocina y no pudo evitar recriminarla.

—¡Le permites que te compare con Eva, la del Edén!

—Sí, es un juego que nos traemos.

—Pero… pero… ¡Lo que hace el amor!

No pudo decir nada más. Habían vuelto al comedor y sus palabras se acallaron cuando el compañero de juegos de Oliver se levantó del sofá y la miró.

—Hola, Emily —saludó.

La temperatura bajó unos cuantos grados en la habitación.

Los allí presentes les observaron. No sabían qué podían esperar de ellos después de cómo se separaron y de los años que llevaban sin verse… sin hablarse.

—Hola, Saúl. —Dejó vagar sus ojos negros por el cuerpo masculino. Observó como la camiseta negra se adhería a su tórax, lo bien que le quedaban los vaqueros, y lo que vio le gustó—. Los años no te han tratado tan mal.

Él la observó con lentitud, elevó su negra ceja y le regaló una sonrisa pícara.

—No puedo decir lo mismo —escupió.

—Será mejor que vayamos…

—Cenando —Eve terminó la frase de Santiago, intentando refrenar una posible confrontación.

—Sí. Vamos, tía —Oliver se había levantado deprisa del sofá y tiró de su mano—. Vamos a comer que tengo hambre.

Emily observó a su sobrino, miró de nuevo al hombre que acababa de «insultarla», calibrando si merecía la pena contestarle pero su buen

juicio determinó que no merecía la pena.

—Sí, cariño, tienes razón —le habló a su sobrino—. Mejor comer que los burros solo merecen nuestro desprecio. —Vale, quizás no tenía buen juicio.

—¿Vino? —Eve que ya se había sentado a la mesa, disparó su brazo para ofrecer la bebida a su hermana, quien negó sin ni siquiera mirarla.

—¿A quién...?

—Saúl. ¿Tortilla? —Eve interrumpió lo que fuera a decir el antiguo novio de Emily.

—Yo…

—¿Em, qué tal en *Sweet*? —en esta ocasión fue Santiago quien se adelantó—. Tu hermana me ha contado que te va muy bien.

La repostera miró a su futuro cuñado y en sus ojos pudo vislumbrar una muda súplica para que no siguiera con la batalla dialéctica. Devolvió su atención a Saúl, quien se había sentado al lado de su hermana y tomaba un trozo de tortilla en ese momento, y decidió que lo mejor era olvidarse de todo y compartir una cena civilizada.

—Gracias —le espetó su hermana mientras dejaba todos los platos en el fregadero.

Emily expulsó el aire que retenía y se sentó en la silla de la cocina.

—Yo no empecé. Yo…

—No. —Se volvió hacia ella y levantó el dedo índice—. Ni se te ocurra negar la evidencia.

—Pero…

—No, Em. —Se deshizo de todas las horquillas que atrapaban su recogido y empezó a masajear su cuero cabelludo—. Eso… —Señaló el salón—. Lo que habéis hecho ahí… Como os habéis comportado…

—Eve…

Su hermana levantó las manos para apartar un posible acercamiento y negó con la cabeza.

—Me voy a la cama —sentenció mientras desaparecía por la puerta.

Emily apoyó el rostro sobre su mano y bufó.

—Muy bien, Em. Muy bien. Esta vez la has hecho buena —se reprendió—. Ya puedes ir pensando como lo vas a solucionar.

La cena había sido inolvidable —de civilizada tuvo poco—. Las pullas, las ironías y los insultos volaron a través de la mesa, de lado a lado, transformando lo que iba a ser una feliz cena de compromiso en una batalla campal. Ni Saúl ni ella se habían cortado y aunque hubo un momento en que se prometió que iba a ser buena e ignorar al que un día fue su novio, no pudo evitar que su lengua saliera a pasear, provocando una lucha dialéctica. Eve y Santiago intentaron mediar entre ellos dos, cambiar de tema cuando parecía que alguno podía ir más allá de la simple palabra, pero la velada ya había fracasado y con ella el intento por parte de Emily por recuperar la relación cordial que había perdido con su hermana desde hacía unos días.

—Si quieres que Eve te vuelva a hablar, tienes que arreglarlo —se repitió de nuevo mientras decidía que quizás lo que necesitaba era tomar el aire.

Salió por la puerta de la cocina y se encaminó por las desiertas calles del pueblo.

La oscuridad reinaba por cada esquina y el silencio, solo roto por las chicharras y algún que otro grillo, acompañaba su caminar.

Emily observó las viviendas, intentando recordar los nombres de los vecinos que las habitaban al mismo tiempo que se preguntaba si alguno de esos antiguos amigos que tenía, de esos que llamaba «amigos de verano», seguían residiendo allí.

De pronto, un escalofrío la recorrió, se abrazó a sí misma y refunfuñó.

—En este maldito pueblo sigue haciendo un frío de cojones por la noche.

—Por eso los habitantes de este maldito pueblo salimos con chaqueta —una voz masculina la increpó entre las sombras.

Emily se volvió asustada.

—¿Quién anda ahí? —interrogó al hombre que, escondido, no mostraba su identidad y que de no ser por el cigarrillo que fumaba, no sabría donde se encontraba.

El extraño se rió, avanzó unos pocos pasos y la luz de la farola le enfocó.

—¡Tú! —señaló ella con desgana, para a continuación proseguir con su paseo.

—Venga, Em… —Saúl la rogó mientras la seguía.

—Tengo prisa —espetó.

—¿Prisa? ¿A la una de la mañana? —Ella asintió—. ¿Pierdes el metro o qué? —se mofó.

Emily detuvo su caminar y le miró.

—No es de tu incumbencia —gruñó—. Si me permites, quiero estar sola.

—Yo también —indicó él.

—Pues vale.

—Vale.

Pero siguieron andando juntos.

Emily en su paseo iba rumiando por lo bajo que los hombres de ese pueblo eran insoportables y Saúl, que escuchaba cada una de sus palabras, mostraba una sonrisa taimada mientras acompasaba sus pasos para prestar más atención al discurso y así no perderse nada, hasta que llegaron a la casa de ella.

Em abrió la puerta con intención de desaparecer sin despedirse pero la mano de él la detuvo.

—Me alegro que hayas vuelto —susurró.

—Ja. —Intentó desasirse de su agarre pero no pudo—. ¿Me sueltas?

Saúl miró su mano y luego enfrentó su mirada.

—No.

—¡Esto es lo último! —dijo indignada.

Emily luchó para librarse del agarre pero lo que consiguió fue lo contrario. Saúl tiró de ella y la acercó más a su cuerpo.

—Si te suelto, saldrás huyendo —siseó.

—No es verdad —mintió.

Él fijó su mirada azul en los ojos negros de ella mientras sus respiraciones se enredaban.

—Suéltame Saúl —ordenó.

—No —susurró con voz grave.

—Eve estará preocupada.

—Después de cómo te has comportado esta noche, lo que menos estará tu hermana es preocupada por ti —se rió.

Ella le miró mostrando todo el odio que sentía hacia él en sus ojos.

—Yo no he sido la única —le escupió.

Saúl posó la mirada en cada rasgo de su rostro, deteniéndose por unos breves segundos en los finos labios de ella que en ese momento se mordisqueaba el inferior.

—Sigues mordiéndote los labios cuando estás nerviosa —señaló.

Em, viéndose pillada in fraganti, dejó lo que hacía y se enfrentó a su captor.

—No estoy nerviosa, yo…

Pero no pudo terminar lo que iba a decir.

La boca masculina se cernió sobre la de ella. Atrapó el labio inferior, dejó que su lengua sanara los pequeños arañazos que se había infringido y la deslizó con suavidad por la boca hasta que consiguió, con una dulce caricia, que Emily le permitiera adentrarse en su húmeda cavidad, arrancándole un gemido de bienvenida. El beso fue lento y suave, todo lo contrario de lo que podría esperar después de la discusión que habían mantenido. Las manos de él se asentaron en su cintura. Las manos de ella se enredaron en el cabello moreno.

Un nuevo beso. Una nueva caricia. Un nuevo suspiro…

Un acto que terminó tan rápido como empezó cuando Saúl decidió que ya la había saboreado lo suficiente.

Se apartó de ella, no sin antes regalarle un nuevo roce con sus labios, y la miró a los ojos.

—Buenas noches —se despidió y desapareció en la oscuridad de la noche.

Emily no supo reaccionar. Su cara reflejaba la confusión que vivía en esos momentos. Parpadeó varias veces y fijó la vista por donde se

había marchado Saúl.

—Este tío aún sabe cómo besar. —Suspiró y entró en la casa.

Capítulo 5

—*B*uenos días —saludó a su hermana en cuanto entró en la cocina al día siguiente.

—Buenos días, tía —le respondió su sobrino al mismo tiempo que su madre gruñía.

«La mañana no se presentaba muy halagüeña —pensó Em mientras se hacía con una magdalena que había sobre la mesa y se sentaba en la silla de madera».

—Eve…

—Ahora no —la cortó en tono seco.

—Pero…

—¡Em! —le llamó la atención sin mirarla.

Tía y sobrino compartieron miradas. Oliver agarró la última magdalena que quedaba, le guiñó un ojo a Emily, movió la boca deseándole suerte y se marchó.

—Será cobarde, me deja sola con…

—No es cobarde. Es un chico listo —dijo Eve mientras se secaba las manos con un paño y miraba a su hermana.

Ella bufó, se encogió como pudo en la silla y dejó su vista fija en la tarea de quitar el papel al bollo que tenía entre sus manos. No se atrevía a mirar a Eve a los ojos cuando estaba en ese estado de ánimo; podía llegar a ser como Atila, el rey de los hunos.

Escuchó como apartaba la silla de al lado suyo y se sentaba.

—Tenemos que hablar —anunció.

—Lo siento —Em susurró una disculpa.

—¿Qué sientes? —Eve preguntó con tono suave.

«Esto se va a complicar y todavía no he tomado café —se dijo para

sí misma».

—Jo… Eve, cuando te pones en plan mami enfadada —le increpó enfrentándole la mirada y regalándole una sonrisa que buscaba distender el ambiente.

—Es que a veces te comportas como una cría —señaló resoplando.

—Pero yo no empecé…

—No, Em, no sigas por ahí —interrumpió—. Solo quiero que me prometas que no volverá a suceder…

—Pero…

—Em, necesito que me lo prometas —insistió.

—Pero…

—Em…

Ambas se echaron un pulso con la mirada. Los ojos verdes contra los negros. La hermana mayor contra la menor.

—Está bien —Emily cedió—. Pero…

Eve bufó, tiró el trapo sobre la mesa, se dirigió hacia la encimera donde se apoyó y la observó.

—Nada de peros —suplicó—. Emily… Em, vais a coincidir Saúl y tú en estos días bastante, hasta la boda. Es el padrino de Santiago. —Se arrodilló delante de ella y atrapó sus manos—. Necesito que os comportéis como personas civilizadas… Por favor, por favor, por favor.

—Vale. Está bien. Pero como vuelva a besarme… —Se calló de pronto, tapándose la boca con las manos.

Cuando el cerebro de Eve asimiló lo que su hermana acababa de decir saltó como un resorte.

—¿Saúl te ha besado? —Em negó con la cabeza—. ¿Cuándo? —Volvió a negar—. ¿Anoche? —Negó de nuevo—. ¿Tú le correspondiste?

Emily se levantó de la silla y fue hacia el fregadero, en un vano intento de alejarse de ese interrogatorio.

—Te digo que no pasó nada —mintió.

—¡Tú también le besaste! —afirmó su hermana.

Ella se volvió y la miró.

—Pero no se repetirá —señaló mientras se abrazaba a sí misma.

—¿Por qué? —preguntó con curiosidad.

—Porque no —contestó.

—¿Por qué no? —insistió asomando en su rostro una leve sonrisa.

—Porque no —sentenció seria pero la reacción de su hermana la descolocó.

Eve gritó y comenzó a saltar de alegría por la habitación.

—Lo sabía, lo sabía… —repetía una y otra vez.

—Eve…

—Ya verás cuando Santi se entere…

—Eve… —insistió.

—Porque de seguro que Saúl se lo contará a…

—¡Eve! —la llamó por tercera vez.

Su hermana la miró asombrada.

—No me grites —dijo—. Todavía escucho muy bien.

—Pero… —Em alucinaba.

—Tengo que irme —anunció de pronto sin esperar a ver qué quería comentarle—. Tengo que hablar con Santi.

En unos segundos Emily se encontró sola en la cocina, en pijama —unos pantalones grises de dos tallas más grandes que ella y una camiseta vieja de los Doors—, descalza y con el cabello que pedía a gritos una sesión de peluquería.

—Luego dice que la niña soy yo —indicó mientras se dejaba caer sobre la silla y miraba por dónde había desaparecido su hermana.

El timbre de la puerta la sobresaltó. Después de la conversación de locos que había mantenido con su hermana, se había quedado dormida en el sofá —uno de esos antiguos, más grandes que un barco pero menos cómodos que una tabla de madera—, aprovechando la tranquilidad que reinaba en la casa. Pero su reposo había durado poco. Alguien insistía una y otra vez reclamando su atención y, por lo pesado que era, no tenía visos de que se marchara.

—Ya voy —dijo en voz alta, pero sin ninguna esperanza de que la

escucharan—. Ya voy, ya voy… —fue repitiendo hasta que abrió la puerta.

—Buenos… —El recién llegado la miró de arriba abajo—. ¿Dormías?

—No —contestó y le dio la espalda, dejándole solo en la entrada para que se auto invitara si quería.

—Tu cara dice lo contrario —se mofó.

Em, que se había sentado de nuevo en el sofá, le miró con cara de pocos amigos.

—¿Qué quieres, Saúl? —preguntó sin fuerzas mientras buscaba adecentar un poco su cabello.

La observó dejando entrever en sus ojos la adoración que sentía por ella pero…

—Hablar —expuso.

Emily detuvo lo que hacía.

—¿Hablar? —Saúl asintió—. ¿De qué?

—De nosotros. —Los señaló a ambos.

Se quedó muda.

—De…

—Nosotros —terminó él la frase.

Ella se arrebujó con la camiseta, encogió sus piernas y le miró.

—Mira… —dudó—. Lo que pasó anoche… El beso... Yo, tú, nosotros…

Saúl estalló en una carcajada. Se sentó en la mesa pequeña, frente a ella, donde solo los separaba unos milímetros. Agarró sus manos y enfrentó su mirada.

—Em, quiero que hablemos de nuestro comportamiento. No podemos volver a discutir delante de tu hermana y Santiago —explicó.

—Ah, sí. De eso —indicó mientras en el rostro de Saúl aparecía una pícara sonrisa—. Estoy de acuerdo.

—Debemos dejar nuestras diferencias a un lado, por el bien de ellos —continuó al mismo tiempo que acariciaba sus manos.

—Pienso igual—corroboró.

—Ellos son lo más importante en estos momentos. —Le arregló el

maltrecho cabello, dejando que sus dedos se entretuvieran más de lo necesario en ese acto.

—Sí —afirmó.

—Tu hermana, Eve. —Bajó el tono de voz y se le acercó un poco más—. Mi amigo, Santiago… Son lo principal. —Sus dedos acariciaron los labios de Emily.

—Ajá —confirmó.

—Es su momento. Su boda. El día que no deben olvidar y…

—La boda —repitió mientras cerraba los ojos y sentía la caricia de Saúl.

—Em… —murmuró.

—Sí —susurró.

—Em, te voy a besar —anunció.

Ella le miró calibrando sus palabras por unos segundos pero no dijo nada. Observó el rostro de Saúl. Sus ojos, de un azul intenso donde ella sabía que podía perderse y navegar en un mar insondable; su nariz patricia que le infundía un atractivo que le había perseguido durante mucho tiempo; y su boca… Cuando eran novios, Em siempre le decía que con sus besos viajaba más allá de los sueños y la noche pasada, cuando le había robado un nuevo ósculo, había comprobado que lo había vuelto a conseguir.

Suspiró anhelando….

Y Saúl correspondió.

Se abalanzó sobre su boca. Atrapó primero su labio inferior para pasar a continuación a saborear el superior. Le agarró el rostro buscando que no se alejara, que no huyera, que sintiera todo lo que le transmitía y que era lo mismo que sentía él en esos momentos: pasión, reencuentro, amor.

Emily dejó que sus manos se perdieran por debajo de la camisa negra que él llevaba. Acarició su abdomen y dibujó formas inconexas mientras sus dedos recordaban el tacto de su amante; un amante que había crecido, había madurado pero que sentía igual: insaciable. Se perdió por su espalda y se asió a sus hombros cuando su boca exigió más de ella, cuando su lengua buscó su gemela y le arrancó un gemido

gutural.

Seguidamente, las manos de él descendieron por su cuello, delinearon cada curva hasta desaparecer por el interior de su camiseta y ascender con rapidez hasta sus pechos, donde sus pezones enhiestos clamaban por una mayor atención. Los dedos de Saúl acariciaron cada montículo con lentitud en un principio, rememorando su tacto, la suavidad, la delicadeza de estos hasta que su hambre le instó a que tomara más. Pellizcó, jugó, sintió, acarició pero necesitaba más, mucho más. Se deshizo de la camiseta de Emily y su boca atrapó uno de los senos.

Gimió con su sabor.

—Oh… Em.

El cuerpo de Emily instintivamente se arqueó. Enredó sus dedos en el cabello de él y le instó a que tomara más.

Cuando el apetito de Saúl estuvo satisfecho, apartó la mesa en la que estaba sentado y tiró de las piernas de Emily tumbándola en el sofá, arrancándole una carcajada. Se deshizo de los pantalones, de las braguitas rosas adornadas con cientos de corazones, y la dejó expuesta a su mirada.

Los nervios de Em se apoderaron de ella. Tenía treinta y dos años, y aunque era cierto que desde que Saúl la había dejado había tenido más relaciones, en ese momento, cuando los ojos de su amante la observaban, lo que temió fue que no le gustara lo que veía. Habían pasado muchos años y ella ya no era la jovencita que él conoció en su día.

—Preciosa —susurró mientras se arrodillaba entre sus piernas. Levantó su rostro buscando sus ojos—. No sabes cuánto te deseo, Emily.

Ella fue a decirle algo pero sus palabras murieron en su garganta cuando la boca masculina se cernió sobre su pubis, arrancándole un fuerte gemido. Saúl separó con delicadeza los labios genitales y dejó que su lengua los acariciara con lentitud deleitándose con su néctar.

Em no pudo evitar que sus manos se posaran sobre su cabeza instándole a que fuera más rápido pero este no quiso satisfacerla. Lamió, succionó, mordió, besó cada rincón del clítoris mientras

arrancaba gritos de placer a su dueña.

De pronto, sus movimientos se detuvieron. Levantó la cabeza y le regaló una pícara sonrisa mientras se relamía.

—Dios, Em… —Pero no dijo nada más.

Se deshizo con apremio de su ropa, asió su falo ya endurecido y la empaló de una estocada en su interior, arrancándole un nuevo jadeo.

Ella fijó los ojos en la mirada azul y dejó que sus dedos acariciaran su tórax, esperando, ansiando, que comenzara ese suplicio con el que alcanzaría un sublime placer. Pero Saúl no se movió, seguía dentro de ella, amoldándose a su estrechez mientras que la observaba.

—Saúl —rogó a media voz.

Él se agachó y atrapó su boca de nuevo, un pequeño movimiento que hizo que su pene se adentrara más en ella.

—Respóndeme a una cosa —susurró.

Emily no podía creer que en esos momentos tuviera ganas de hablar.

—¿Quieres mantener una conversación ahora? —preguntó.

Él sonrió. Sabía a qué se refería. Su cuerpo estaba como el de ella: ardiente, ansioso, anhelante pero necesitaba saber…

—¿Me has echado de menos?

Ella se asombró ante la pregunta. No la esperaba.

—No —mintió.

Saúl se movió un poco más, arrancándole un nuevo jadeo.

—Emily, dime la verdad.

Sus uñas se clavaron en la espalda de él.

—Saúl…

Una nueva estocada. Un nuevo jadeo.

—Em, contéstame —la conminó.

Fijó su mirada en la de Saúl, calibrando si volverle a mentir o no.

—Saúl, yo…

Una nueva embestida acalló sus protestas.

—Emily, es fácil —la instó mientras posaba sus labios levemente sobre los de ella, dejando que sintiera su aliento sin terminar de besarla—. Dime la verdad —sentenció seguido de una nueva estocada.

Suspiró y cerró los ojos.

—¡Sí! —claudicó.

Su confesión fue sellada por un beso voraz, seguido del movimiento de caderas de Saúl, acompasando su ritmo, dejando que Emily sintiera en toda su plenitud su pene mientras este recibía el calor que emanaba de su interior.

Las manos de Em descendieron a lo largo de toda su espalda hasta asentarse sobre el trasero de Saúl donde le instó para que acelerara el ritmo; en esta ocasión, con esa muda demanda, sí consiguió su objetivo.

Los movimientos de la pareja fueron a más. El cuerpo de Emily se encorvaba con cada acometida de Saúl. Los jadeos aumentaron de volumen, solo acallados por algún beso esporádico que se regalaban. Sus miradas se entrelazaron, sus suspiros se enredaron y cuando Em pensó que no iba a poder seguir el ritmo de su amante, el clímax la sorprendió con una fuerte acometida llevándola más allá de los sueños.

Habían pasado solo unos minutos cuando Emily sintió como Saúl se movía y se quitaba de encima de ella. La respiración de la pareja ya se había normalizado, el latir de sus corazones había descendido en ritmo aunque en su cabeza aún bullían miles de pensamientos inconexos. Le había confesado que le había extrañado, que le había añorado después de tantos años de separación, después del tiempo que llevaban sin verse, después de que él fuera el que rompió con ella…

Y se lo había dejado a huevo. ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

—Será mejor que te vayas —le dijo mientras recogía su ropa y se vestía—. Eve u Oliver pueden aparecer en cualquier momento y no me gustaría que te vieran aquí —explicó con tono seco.

Saúl se puso los pantalones y recogió la camiseta del suelo.

— Emily, tenemos que hablar —le reclamó observando sus movimientos.

Ella no le miró, no podía enfrentarle porque si no sabría que no

tenía fuerzas para alejarse de él.

—No tenemos nada que decirnos —escupió y se dirigió hacia la cocina, pero sus pasos se detuvieron cuando Saúl la agarró del brazo.

—Em, no nos hagas esto… —rogó.

—¿El qué? —le encaró con ira.

Saúl la dejó libre en cuanto vio el dolor que residía en sus ojos negros.

—¿El qué, Saúl? —repitió ella— Yo no fui quien quiso dejarlo en su día, yo no fui quien dijo que quería conocer más gente y cuando por fin parecía que te había olvidado aparece el contrato. —Dejó caer sus brazos inertes— Has vuelto mi vida del revés.

—Em…

Levantó su mano para impedir que se le acercara.

—Si me querías lejos… —le miró—. ¿Por qué avalaste el préstamo del banco? ¿Y cómo? Saúl, eres un simple granjero que no tiene dónde caerse muerto.

Él se puso la camiseta, se peinó el cabello con la mano y la miró.

—Es complicado —indicó.

Emily se cruzó de brazos y le enfrentó.

—Tengo tiempo —señaló pero el ruido de la puerta cortó sus palabras.

—¡Tía! ¡Tía! —la llamó Oliver—. Mira qué me ha regalado Santiago.

Las risas de Eve y su prometido se escucharon de fondo.

—Tía, mira. —Su sobrino apareció en el salón portando entre sus brazos un pequeño perrito negro.

—¿A qué es una ricura, Emily? —preguntó su hermana que, agarrada de Santi, apareció detrás del niño.

—Sí —confirmó ella alejándose de Saúl.

La pareja de novios, al verlos juntos, intercambiaron miradas cómplices.

—Oh, Saúl —dudó Eve—. ¿Qué haces aquí?

Él miró a Emily quien hasta hacia unos instantes había estado entre sus brazos y que en esos momentos acariciaba el animal.

—Hablar con una vieja… amiga —indicó—. Tengo que irme.

Eve miró a su hermana y luego devolvió su atención al padrino de Santiago.

—¿No quieres quedarte a comer?

Ante la pregunta, Emily se tensó. No se veía capaz de aguantar más tiempo junto a Saúl.

—No puede —señaló adelantándose a lo que fuera a decir su «viejo amigo».

El rostro de Saúl se ensombreció.

—No, Eve —confirmó irascible—. En otro momento.

Em expulsó el aire que retenía.

—De acuerdo, pero si cambias de opinión… —le ofreció su hermana.

—Gracias, Eve —le dio un beso en la mejilla—. Em…

—Ah… sí, nos vemos —se despidió sin ni siquiera mirarle.

Saúl observó a su antigua novia por unos segundos y se marchó.

—Creo que… —Santiago señaló a su amigo.

—De acuerdo —le conminó Eve. Le dio un beso y se despidió de él para devolver su atención con rapidez a su hermana—. Emily…

La mencionada levantó su rostro por donde corrían las lágrimas con libertad.

—Eve… yo…

Su hermana mayor abrió los brazos y la recibió en su refugio seguro mientras siseaba.

—Ya, cariño, ya…

Oliver observó a las dos mujeres, agarró al perro y le susurró al animal mientras desaparecía escaleras arriba.

—Vas a tener que acostumbrarte a las hormonas femeninas.

Capítulo 6

—¿*E*stás mejor? —preguntó Eve a su hermana en cuanto entró en la cocina.

Emily asintió y se sentó en la silla, dejando que su cabeza se apoyara en las rodillas que había recogido sobre el asiento. Después de estar llorando lo que a ella le parecieron horas, se había ido a la cama para intentar serenarse y al final, el sueño la venció.

Eve dejó unos bollos de chocolate encima de la mesa y se sentó cerca de ella.

—¿Y Oliver? —preguntó por su sobrino.

—Se ha marchado a enseñar el perro a sus amigos. — Apareció en su rostro una sonrisa al recordar a su hijo.

—Santiago le malcría —Emily señaló sin recriminar los actos del hombre, buscando posponer el momento que se avecinaba.

—¿Qué ha pasado? —Eve interrogó con tacto.

No le había contado nada. Su hermana le había dejado desahogarse sin exigirle una explicación pero ahora ya no tenía salida.

Se encogió de hombros y tomó uno de los dulces, lo estudió y, antes de llevárselo a la boca, dijo:

—Discutimos.

Su hermana se echó hacia atrás y se recolocó la larga melena dorada.

—Ya habéis discutido otras veces y no te has puesto así —señaló.

Em volvió a encogerse de hombros.

—Salieron a la luz otras cosas…

—¿Como cuáles? —insistió.

Ella la miró y bufó.

—No quise decírtelo en su día —comenzó—. Con todo lo que estabas viviendo; con la separación de ese energúmeno que llamabas marido y su traslado a la casa de enfrente con Pili «la de las piernas abiertas». Pensé que no merecía la pena alterarte con lo que podríamos llamar una mera anécdota —explicó.

Eve gruñó.

—Emily, ¿qué sucedió?

Ella, que se acababa de comer el bollo de chocolate, cogió otro pero no sin antes prometerse que debía salir a correr en cuanto dejara de llover por las calles de ese dichoso pueblo para bajar las calorías que se iban a asentar en sus caderas.

—¿Te acuerdas que el banco me denegó el préstamo para *Sweet* en un primer momento?

—Ajá —asintió.

—¿Y que nos extrañó que a los pocos días el director me llamara para decirme que habían cambiado de opinión?

—Sí —confirmó.

—Me avaló Saúl —anunció.

Terminó de comerse el segundo dulce y fue a coger un tercero pero su hermana le golpeó la mano.

—Pero… ¿cuándo te enteraste? —le preguntó extrañada.

—Cuando *Sweet* llevaba en marcha más de un mes —explicó mientras veía como Eve se hacía con el bollo que le había quitado a ella.

—¿Hablaste con él? —Emily negó con la cabeza—. ¿No le preguntaste por qué lo hizo? —Volvió a negar—. Em…

Ella se levantó de golpe de la silla y se apoyó en la encimera de la cocina.

—No quería saber nada de él —indicó.

—Pero, Em…

—No, Eve —interrumpió—. Sabes lo mal que lo pasé cuando…

—Cuando Saúl te dejó —terminó su frase, recibiendo un gesto afirmativo por parte suya.

—No quería saber nada de él —sentenció.

Eve se levantó de la silla y dejó que sus manos le acariciaran los brazos en su intento por sosegarla.

—Lo sé, cariño —la calmó—. Pero me dijiste que le habías olvidado, que…

Emily miró a los ojos verdes de su hermana.

—¡Nunca le olvidé! —espetó.

Su hermana la abrazó y siseó.

—Él tampoco.

Em buscó la mentira en el rostro de su hermana.

—Eso no es verdad. —Se apartó de ella.

—Em…

—No, Eve. Saúl fue quien rompió nuestra relación, quien quería conocer a… «otras».

—Lo sé —afirmó—. Pero no ha habido otras —anunció.

Emily que iba de un lado a otro por la enorme habitación, se detuvo de pronto.

—Eso… —dudó—. Eso da igual. Fue Saúl quien quiso alejarse de mí.

—Oh… Em, Em… —canturreó su hermana—. Lo mejor es que hables con Saúl.

Ella negó con la cabeza.

—No.

—¿Por qué? —Eve preguntó sabiendo de antemano su respuesta.

—Porque no —respondió.

La hermana mayor estalló en una divertida carcajada atrayendo su atención.

—No sé de qué te ríes —dijo enfadada.

—De ti —señaló—. Siempre que no te gusta algo te escudas en la misma frase: «porque no» —la imitó moviendo las manos arriba y abajo, burlándose de ella.

Emily se dejó caer en la silla sin fuerzas y atrapó un nuevo bollo de chocolate.

—Nos hemos acostado —confesó.

Eve se quedó muda. Se sentó y se llevó un dulce a la boca.

—¿Te has acostado con Saúl? —preguntó con la boca llena.

—Ajá —confirmó.

—¿Cuándo? —interrogó curiosa recibiendo como respuesta un gesto de manos—. ¿Antes de…? ¿Cuándo nosotros…? —se calló.

Emily se echó las manos a la cara y gritó.

—¡No sé cómo ha sucedido! Yo… Él… Nosotros…

La risa de su hermana estalló por toda la estancia.

—¿No me irás a decir que tenemos que hablar de nuevo de lo del polen y las abejas? —ironizó.

—Serás tonta —señaló Emily mostrándole una sonrisa en su rostro, al mismo tiempo que prorrumpían en sendas carcajadas.

Cuando ambas se tranquilizaron, Eve llenó las tazas de café. Los bollos habían desaparecido de la mesa pero por lo menos les quedaba el oscuro líquido.

—¿Y? —reanudó la conversación.

—¿Y qué? —se hizo la tonta.

—¿Sigue siendo como lo recordabas?

Emily no necesitó decir nada, sus mejillas adquirieron un tono rosado que habló por sí solo.

A pesar de la lluvia, salió a correr. Necesitaba pensar en todo lo que le había sucedido. Se puso unos *leggins* negros, una sudadera morada y sus deportivas. Se recogió el pelo en una minúscula coleta y se despidió de su hermana con la promesa de que no llegaría tarde para la cena. Con el berrinche no había comido y su estómago solo había recibido con cierta alegría —por qué no decirlo— los tres o cuatro dulces de chocolate, por lo que Eve no debía estar preocupada porque se retrasara.

En su carrera por el pueblo, trató de esquivar los charcos que se encontraban en su camino y que debido a la oscuridad que había traído la tormenta, en más de una ocasión provocaron que terminara con uno de sus pies hundido en algún que otro lodazal. Si a ello se le sumaba que la lluvia había ido a más… estaba chorreando, mejor

dicho, si la escurrieran cual toalla empapada llenaría algún que otro cubo de agua.

De pronto comenzó una granizada que la pilló en mitad de ninguna parte. Buscó algún refugio donde resguardarse y la sombra de una cabaña desvencijada se vislumbró entre las sombras.

Le dolía la cabeza, le dolía mucho la cabeza. Solo a él se le ocurría ponerse a beber como si todavía fuera un adolescente. Primero fue una jarra de cerveza, le siguió una copa de vino y un cubata de garrafón —y ahí ya perdió la cuenta—. El problema había sido mezclar, lo sabía, pero cuando terminó en el bar de Javier «El Cabra» —por llamar bar al único cuchitril que había en el pueblo que servía bebidas alcohólicas—, acompañado de Santiago, no tenía en mente ahogar sus penas en alcohol. Iban a hablar… bueno, Santi iba a hablar porque tal como había salido de la casa de Eve, él solo tenía en mente evitar todas las preguntas que le iba a realizar su viejo amigo. No le apetecía revivir otra vez los sentimientos que habían aparecido de pronto, como un recuerdo antiguo y que, si fuera sincero, tendría que confesar que le habían dolido. Le había dolido el rechazo de Emily, que no le dejara explicarse, que no le escuchara… y más tras el momento que habían compartido.

Santiago y él acabaron en el bar, rodeados de todos los vecinos que les habían visto crecer y ya fuera porque su amigo se casaba o porque a él hacía mucho tiempo que no le veían, comenzaron a convidarlos a un sinfín de copas hasta que decidió que no se encontraba bien y que necesitaba dar un paseo.

—Está lloviendo —señaló Santi.

Pero que la madre naturaleza decidiera que era un día propicio para descargar el diluvio universal no fue suficiente para retenerle. Agarró su chaqueta y se adentró por las desiertas calles.

Y ahí estaba ahora, en esa vieja cabaña que se caía a cachos, mientras sus fantasmas le atormentaban. Sabía que hizo lo correcto, que lo mejor fue dejarla marchar, pero cada vez que Eve venía al pueblo de vacaciones o que Santiago le hablaba de Emily, de cómo le

iba en *Sweet*, con su vida, la añoranza le comprimía el corazón o… los dientes le chirriaban, porque era humano y no soportaba que ese que catalogaba de «mejor amigo» le contara las últimas conquistas de la mujer que había dejado escapar. En esos momentos, los celos le invadían y su cabeza empezaba a dar mil vueltas como si fuera *Bitelchus*.

—Pero Saúl, lo hiciste por su bien —dijo en voz alta—. Por su bien —repitió con poca convicción.

De pronto, un golpe en la puerta le sobresaltó. Se acercó hasta ella para intentar averiguar quién se encontraba detrás, o para corroborar que fuera solo la fuerza de la tormenta quien provocaba ese ruido, cuando sus reflejos le salvaron de un porrazo contundente. Se abrió con fuerza y detrás de ella estaba Emily.

Em detuvo su avance cuando se dio cuenta que en el interior de la cabaña ya había alguien. Reconoció al otro ocupante, negó con la cabeza y se adentró en la vivienda.

—Aunque quiera no me libro de ti —escupió.

Saúl observó cómo se quitaba la sudadera empapada por la lluvia y se quedaba con una camiseta de tirantes.

—Lo mismo digo —le contestó de forma brusca cuando fue consciente que su entrepierna cobraba vida con solo observarla. Le dio la espalda y se acercó a la ventana.

El silencio les rodeó. La tensión se cortaba en el ambiente pero ninguno de los dos —como buenos cabezotas que eran— quería ceder.

Saúl miraba por la pequeña ventana cómo las negras nubes poblaban el cielo y no tenían visos de que fueran a desaparecer.

—Parece que seguirá lloviendo toda la noche —dijo a nadie en particular.

—¿Seguro? —preguntó sorprendiéndole de su cercanía mientras buscaba un hueco por el que asomarse y ver el exterior.

Saúl se volvió y la sujetó de los hombros, deteniendo sus movimientos.

—¿Qué haces? —interrogó curioso dejando que una sonrisa se asomara en su rostro.

Ella le miró.

—Como no eres transparente —se mofó—, intento comprobar lo que has dicho.

—¿El qué?

—Que va a seguir lloviendo toda la noche —explicó como si fuera algo evidente.

Saúl se carcajeó.

—¿Desde cuándo te has especializado en el tiempo? —ironizó.

Emily le miró, apoyó las manos en sus caderas y le increpó.

—¿Y tú, sabiondo?

Una nueva carcajada nació de Saúl.

—¡Sabiondo! —Em levantó el mentón. Esperaba una posible confrontación—. Por lo menos, listilla —avanzó unos pocos pasos, arrinconándola contra la pared—, yo sé algo más que tú, una simple urbanita.

—Habló el pueblerino —le insultó.

Saúl posó las manos a cada lado de la cabeza de Emily y acercó su rostro hasta el de ella.

—Este pueblerino sabe que te mueres ahora mismo por besarme —susurró.

—¡Ja! —dijo—. Ni en sueños.

Los ojos azules enfrentaron los negros, descendió hasta sus labios y lo que vio le arrancó una sonrisa.

—Si no es así… ¿por qué te muerdes el labio?

Fue decirlo y Emily dejó de hacerlo, lo que provocó que la risa de Saúl resonara en la estancia mientras se alejaba de ella.

—Será mejor que encendamos un buen fuego —indicó.

Em dejó que su espalda se apoyara sobre la pared de madera al mismo tiempo que seguía cada movimiento de su «viejo amigo» y le ordenaba a su corazón que se tranquilizara.

—Pasaremos aquí toda la noche y es mejor que estemos calentitos —explicó Saúl.

—Ya, pero yo tengo que irme a…

—De aquí no se marcha nadie —sentenció.

—¿Perdona? —preguntó incrédula ante la orden.

Saúl chascó un par de piedras sobre un pequeño montón de palos, hojas y un sinfín de cosas más que había recogido de la cabaña y que había colocado en lo que debió ser en su día la chimenea de la casa, y encendió un pequeño fuego.

—Si te dejo marchar, llegarás a tu casa empapada y mañana no podrás levantarte de la cama.

—Ya, pero ese es mi problema —adujo.

—No, listilla. —La enfrentó—. En dos días se casa tu hermana con mi amigo y no quiero que te escaquees de la boda.

En su rostro apareció un mohín. Aunque le doliera reconocerlo, Saúl tenía razón. Después de todos los problemas que le estaba ocasionando a su hermana, lo que menos necesitaba era enfermar.

—Y ahora —señaló la fogata—. Acércate.

Algo reticente, Emily obedeció. Estiró los brazos delante del fuego y buscó calentarse.

Saúl, sin despedirse, desapareció por la puerta para aparecer a continuación portando entre sus brazos algunas ramas.

—Necesitaremos leña —explicó mientras las colocaba al lado de una de las paredes y dejaba la chaqueta en el suelo—. Siéntate —señaló la prenda.

Emily le miró, se había quedado en camiseta y hacía frío, y ella lo sabía bien pues estaba en tirantes a la espera de que su sudadera se secara… aunque solo fuera un poco.

—¿No vas a tener frío? —preguntó dubitativa.

—Yo tengo más grasa en mi cuerpo que tú —expuso. Tiró de su mano y la obligó a sentarse sobre la prenda cerca del hogar.

Saúl se sentó próximo a ella.

Pasaron unos minutos en los que ninguno de los dos habló.

La mirada de ambos estaba perdida en el movimiento del fuego junto a sus pensamientos.

—¿Cómo te va con *Sweet*? — la interrogó Saúl.

—Bien —respondió de forma brusca—. No tienes por qué preocuparte.

—Emily, yo…

Ella le miró mostrando en su rostro demasiados sentimientos encontrados.

—¿Por qué? —preguntó.

—¿El aval? —quiso asegurarse.

—Saúl… —Dejó que su mano se enredara en su rubio cabello y soltó el aire que retenía—. Después de tantos años, no entiendo la razón que te llevó a ayudarme, a comprometer tu… —dudó—. ¿Con qué avalaste el préstamo? —Saúl fue a contestarle pero se lo impidió —. No me digas que con la casa de tus padres… Saúl, no me digas eso porque si no…

Él, viendo que Em se aceleraba, la interrumpió.

—Soy el dueño del Banco —anunció.

—¿Eres qué? —Tosió. Se atragantó. No supo qué decir—. ¿Cómo? ¿Cuándo?

Saúl agarró las manos de ella, que comenzaban a moverse sin sentido exteriorizando todos los sentimientos que bullían en su interior.

—Me tocó la Lotería —explicó.

—¿Y? —le conminó a seguir.

—Y… decidí que qué mejor manera de controlar mi dinero que hacerme dueño de los que controlan este país —expuso.

—Y compraste el Banco —repitió anonadada.

—Sí —confirmó regalándole una sonrisa.

—Pero…

—¿Pero?

—¿Por qué me concedieron el préstamo? —interrogó.

Saúl soltó sus manos y apartó de su rostro un par de mechones.

—Tu hermana se puso en contacto conmigo. Me dijo que te lo habían denegado y…

Ella bufó.

—Te pusiste en contacto con mi sucursal —finalizó la frase de él.

—Sí —confirmó.

Emily se levantó de improviso y se acercó hasta la ventana.

—No necesito tu caridad —recalcó.

—Lo sé —susurró al lado suyo sorprendiéndola, ya que no se había percatado de su aproximación.

—Yo sola podría…

—Lo sé —repitió interrumpiéndola mientras le acariciaba el cabello —. Necesitabas el dinero y yo estaba allí.

—Pero… —Se volvió para enfrentarle—. Te devolveré cada euro.

Él siseó cortando sus palabras.

—Emily, el préstamo se concedió porque confío en ti —anunció—. Sé que no me fallarás.

Sus miradas se entrelazaron. Emily observó en el rostro de Saúl que iba a añadir algo más a su afirmación pero en ese momento un trueno retumbó en el exterior devolviéndoles a la realidad.

—Será mejor que nos sentemos cerca del fuego —señaló él mientras acariciaba los brazos helados de Em.

—Sí —asintió y le siguió.

Capítulo 7

*S*e pasaron casi toda la noche hablando. Poniéndose al día de la vida de cada uno. Habían sido muchos años que no se veían y necesitaban conocerse de nuevo.

Saúl le contó que a pesar de que ya no vivía en el pueblo seguía bajando de vez en cuando para reunirse con los amigos. Ahora vivía en Barcelona, donde se ubicaban las oficinas centrales del Banco; en un piso cerca del Passeig de Gràcia. Vivía solo, a pesar de que el apartamento tenía tres habitaciones. Fue en ese momento, cuando le describía cómo era su casa, cuando la invitó a visitarlo. Al principio no supo cómo reaccionar pero luego le ofreció una sonrisa tímida y le dijo que ya lo verían más adelante —por Dios, acababan de «reconciliarse»—.

Emily le habló de *Sweet*, de su trabajo con la repostería y de las clases del taller; le habló de sus amigas: de Bea y su cafetería, donde se reunían casi todos los días para charlar; de la tímida Susi que acababa de comenzar a trabajar a las órdenes de un director de ballet muy famoso; de Álex a quien le apasionaban las motos y que había pasado por una situación muy traumática, con la muerte de sus padres; de Mario, su hermano.

—¿Mario? —la había interrumpido en esa parte de su discurso.

—El hermano de Álex —le intentó explicar pero no pudo.

—¿No fue con ese con quién tuviste un «rollo»? —interrogó impregnando en su tono de voz cierto desagrado.

Ella le miró asombrada y le preguntó a su vez.

—¿Cómo sabes eso?

Saúl se calló de pronto. Supo que había metido la pata hasta el

fondo cuando observó en los ojos de Emily ese brillo que indicaba que no le iba a agradar nada lo que iba a escuchar.

—Santi…

—¿Con que Santi? —le interrumpió.

—Sí, él me contó que…

—¡¿Te contó?! —cortó de nuevo—. Saúl, ¿qué te contó? —le instó.

—Bueno, Em, tú sabes…

—No, no sé, Saúl —siseó—. Esto es lo último que me esperaba. No he sabido nada de Santiago hasta hace unos días, ni de la relación que mantenía con mi hermana; ni de ti… Mejor que no hablemos de eso —señaló—, pero tú, tú… ¿Desde cuándo me vigilas?

Él la miró calibrando qué decir y qué callar.

—Desde siempre —expuso sin tapujos silenciando lo que fuera a decir Emily.

Ella soltó el aire que retenía y se aovilló en el suelo tras ponerse la sudadera que ya estaba algo seca.

—Será mejor que nos durmamos —sentenció, sin recibir ninguna protesta por parte de Saúl.

A la luz de la mañana, Emily no sabía qué pensar. Buscó a Saúl en la cabaña pero no lo encontró. Se estiró todo lo larga que era y decidió que lo mejor era que se marchara a casa.

Estaba a punto de irse cuando Saúl apareció por detrás de la puerta.

—El desayuno —anunció como si mostrara un símbolo de paz.

Em observó lo que llevaba entre sus manos y no pudo menos que corresponderle con una sonrisa.

—¡Moras! —dijo—. ¿Dónde las has encontrado? —preguntó.

Saúl le ofreció un buen puñado de la fruta, donde había tanto negras como algunas rojas.

—Detrás de la cabaña hay una zarza —explicó.

Emily se las comió de una en una, saboreándolas con lentitud hasta que no le quedó ninguna.

—Tengo que irme —anunció—. Seguro que Eve estará preocupada.

—Te acompaño —le dijo.

Emily iba a indicarle que no hacía falta, pero por miedo a perder de nuevo la buena sintonía que habían compartido en la noche hasta… —mejor no recordarlo—, y ahora, que parecía que la recuperaban de nuevo, decidió en el último momento aceptar su ofrecimiento.

—Gracias.

Saúl recogió su chaqueta y se pusieron en movimiento. No tardaron mucho en llegar a casa de Eve quien salió corriendo por la puerta en cuanto los vio.

—Emily —la llamó mientras la abrazaba—. Estaba preocupada.

—Lo sé, pero…

—La tormenta fue a más y nos sorprendió en medio de ninguna parte —les explicó Saúl a su hermana y a Santiago, que había salido detrás de su prometida—. Decidimos que lo mejor era quedarnos bajo techo en vez de pillar un posible resfriado.

Eve dio un beso a su hermana pequeña y le miró.

—Vale, pero, ¿no pudisteis llamar?

Emily negó con la cabeza.

—Como salí a correr, no llevaba el móvil encima.

Saúl mostró el suyo que estaba apagado.

—Se acabó la batería —anunció.

La risa de Santiago distendió el ambiente.

—Bueno, lo principal es que los dos estáis sanos y a salvo.

Eve volvió a besar a su hermana.

—Sí, eso es lo principal. Pero tú, jovencita, no vuelvas a hacerme sufrir así —le dijo mientras tiraba de ella hacia el interior de la vivienda.

Santi, que iba detrás de ellas, junto a Saúl, puso los ojos en blanco cuando escuchó a su futura esposa y le guiñó un ojo a su amigo.

—Eve, que ya no soy una niña —recriminó a su hermana al mismo tiempo que le regalaba también un beso. Sabía que debía haber pasado una mala noche, preocupándose innecesariamente.

—Eres mi hermana pequeña —susurró—. Y ahora… —Se volvió hacia sus dos acompañantes—. ¿Alguien quiere café?

Todos aceptaron el ofrecimiento.

Cuando Saúl y Santi se marcharon con la excusa de que debían hacer cosas de hombres, Eve y ella se miraron, y no pudieron evitar estallar en sendas carcajadas.

—La despedida de soltero —dijeron al unísono y se dejaron caer en el sofá.

—¿Y Oliver? —preguntó por su sobrino.

Su hermana mayor se quitó los zapatos y los tiró bien lejos de ellas.

—Ha pasado la noche en casa de un amigo —contestó—. No se ha enterado de la escapadita de su tía —señaló con retintín.

Emily cogió un cojín y se lo tiró.

—No seas mala —recriminó—. No ha pasado nada.

Eve elevó una de sus delineadas cejas y la miró con cara de no creerse sus palabras.

—En serio. No ha sucedido nada —insistió.

—Y entonces… ¿Por qué os acompañaba esa aura de tranquilidad? —Movió sus manos mofándose de sus propias palabras.

Emily no pudo evitar reírse.

—Hemos hecho las paces —indicó.

—¿De verdad? —Eve preguntó incrédula.

Ella movió los dedos de un lado a otro.

—Más o menos —señaló.

—¿Y eso qué quiere decir? —interrogó.

Emily gruñó y miró a su hermana.

—Pues eso.

—¿Vais a volver a discutir? —preguntó curiosa.

—Bueno, eso… No puedo confirmártelo. Ya sabes cómo somos los dos. —No podía asegurárselo ni a ella misma; después de la noche que habían pasado juntos Saúl y ella y cuando parecía que todo estaba arreglado… descubrió un nuevo secreto que la afectó en cierta medida.

—¿Hasta la boda? —insistió su hermana, recibiendo un movimiento

afirmativo por parte de ella.

Esa muda respuesta fue suficiente para Eve que dio una palmada en el aire y se fue hacia la cocina.

—Eve, ¿tú sabías que a Saúl le había tocado la Lotería? —la interrogó a voz en grito.

Su hermana no tardó en aparecer por el hueco de la puerta.

—¿Te lo ha contado? —preguntó sabiendo la respuesta de antemano.

—Sí —confirmó—. Y que tú fuiste a verle para lo del préstamo.

Eve se acercó hasta ella y se sentó de nuevo en el sofá.

—Pero yo no le pedí… no sabía lo que iba a hacer —explicó.

—¿Sabes que es el dueño del Banco? —interrogó.

Eve negó con la cabeza anonadada.

—¿Del Banco? —repitió.

Emily asintió.

—¿Qué es lo que sabes, hermanita? —Buscó rellenar algunos huecos en blanco que todavía no tenían sentido en su cabeza.

—¿De Saúl? —dudó.

—Ajá —confirmó.

Eve recogió sus piernas hasta posarlas sobre el sofá y las tapó con la enorme falda negra que llevaba.

—Lo que todo el mundo —comenzó—. Que le tocó la Lotería.

—¿Y? —insistió.

Eve posó sus ojos sobre el techo blanco de la casa, rebuscando en su memoria lo que podría conocer de Saúl y qué le podría interesar a su hermana pequeña.

—Ya no vive en el pueblo sino en Barcelona —relató—. Viene cada poco tiempo. Sigue manteniendo una muy buena relación con Santiago y por eso va a ser el padrino de nuestra boda pero… —dudó—. No, nada más.

Emily observó a su hermana y le conminó a continuara.

—¿Qué más?

Ella soltó el aire que retenía y la miró, mientras le acariciaba el cabello.

—Que no te ha olvidado nunca —anunció.

Eve negó con la cabeza.

—Pero… eso no puede ser —dijo—. Él…

Su hermana se levantó del sofá y se fue hacia la cocina, deteniéndose por unos segundos en su trayecto.

—Responde a una sola pregunta —la retó.

—¿Cuál? —preguntó Em.

—¿Por qué te ayudó con el préstamo? ¿Por qué, cada vez que me veía, me preguntaba sobre tu vida? ¿Por qué Santi debe informarle de cada paso que das?

—Eve…

—Sí, hermanita.

—Son más de una pregunta —señaló.

Ella se rió y desapareció por la cocina, no sin antes contestarle a su interrogatorio.

—Ya sabes que se me dan mejor las letras que las ciencias.

Capítulo 8

Ahí se encontraban las dos. Delante del bar de Javier «El Cabra», decidiendo si entraban o no. En un arranque de valentía, animadas por algunos margaritas de más, habían decidido ponerse sus mejores galas para ir al mejor lugar del pueblo para pasar la última noche de soltera de Eve: el cuchitril de «El Cabra». Pero ahora, cuando solo les separaban un par de pasos de su destino, ya fuera el frío que reinaba por las calles, que había conseguido espabilarlas; o por el temor a toparse con los chicos en su despedida de soltero —Eve no quería que Santiago pensara que le vigilaba, aunque también reconocían que tenían curiosidad por saber qué habían preparado—; algo las retenía delante de la puerta.

Observaron cómo las cortinas, de un tono amarillento cenizo, se movían y unos ojos azules se asomaban entre ellas.

Emily tiró de la mano de su hermana pero no logró moverla.

—Eve, ¿por qué no nos vamos? —Ahora era ella la que estaba de los nervios.

La entrada de cristal se abrió, dejando que la música de su interior se escuchara por todo el pueblo.

—Hola, chicas —saludó Saúl—. ¿Qué hacéis aquí?

—Dando una vuelta —respondió Eve.

Saúl posó su mirada sobre Emily para devolver su atención a la prometida de su amigo.

—¿Por qué no entráis? —preguntó solícito.

—De acuerdo —se animó Eve y tiró de la mano de su hermana pequeña.

—Yo… creo… que…

—Emily, ¿decías algo? —le interrogó con mofa Saúl.

Esta, que observó la pícara sonrisa que nacía en su rostro y el brillo travieso de su mirada, negó con la cabeza.

—Nada.

Saúl se rió.

—Así me gusta —indicó mientras posaba la mano en su espalda y la conminaba a que entrara en el bar.

La música, el ruido, los gritos, las risas y algún que otro cantante espontáneo les recibió con una grata bienvenida.

Emily se vio absorbida por saludos de personas a las que ni siquiera recordaba, por besos, abrazos y «hola, ¿cómo estás?» que consiguieron arrancarle más de una sonrisa. Entre tanto jaleo, había perdido a su hermana y cuando logró localizarla se encontraba ya en brazos de su futuro esposo quien a contrario de lo que temían, le ofrecía un señor beso de bienvenida, como si llevaran mucho tiempo sin verse y no un par de horas.

—Se quieren —señaló Saúl a su lado.

Ella le miró y asintió ante sus palabras.

—¿Quieres algo? —la invitó.

Em afirmó de nuevo, fue entonces cuando sintió cómo tiraba de su mano y la arrastraba a través del bar, alejándola del lugar en el que ponían las bebidas.

—Saúl —le llamó, pero no la escuchó o no quiso escucharla.

Cuando quiso darse cuenta… se encontraban en la calle.

—¿Dónde vamos? —interrogó.

Él la miró y tiró de nuevo de su mano animándola a que le siguiera.

—A mi casa —anunció.

Emily no supo reaccionar a tiempo. Cuando su mente asimiló lo que le había dicho, se encontraban delante de una gran puerta de madera que daba entrada a una enorme casa de piedra de dos plantas con tejado a dos aguas. El interior de la misma era también extraordinario.

Un gran pasillo, iluminado con pequeños focos desde el techo, les llevó hasta un salón donde dos enormes sofás marrones ocupaban la mayor parte del espacio. Delante de ellos, en una chimenea de pizarra

negra, un fuego acogedor invitaba a sentarse a su amparo. Una mesa rectangular de madera y cuatro sillas, junto a una librería que ocupaba una de las paredes de la habitación, donde se asentaban un sinfín de libros, eran los únicos muebles de la estancia.

—¿Es tu casa? —preguntó asombrada por lo que le rodeaba.

—Sí —confirmó—. La mandé construir después de…

—La Lotería —terminó su frase.

—¿Qué quieres? —le ofreció—. ¿Vino?

Emily le miró.

—Blanco —señaló una de las botellas que tenía Saúl en las manos.

—¿Y vives tú solo aquí? —interrogó curiosa.

—Cuando vengo en vacaciones o en días libres —dijo dándole una copa con el líquido semitransparente.

Emily asintió con la cabeza ante su explicación.

Se acercó hasta la estantería de libros y echó un vistazo a los títulos que se encontraban en esa colección sin prestarles mucha atención. Sus cinco sentidos estaban puestos en el dueño de esa casa, en cada movimiento, en cada gesto, en cada palabra que pronunciaba…

—¿No hay nadie que la comparta contigo?

—Nadie —contestó—. Todavía…

Se volvió ante esa respuesta tan enigmática y se aproximó hasta los sofás donde se había sentado Saúl.

—¿Todavía? —insistió.

Él la miró, dejó que sus ojos se deslizaran a lo largo de su cuerpo hasta detenerse por unos segundos en sus labios y pasar a continuación a enfrentar su mirada.

—Estoy esperando —señaló a media voz mientras bebía de su copa de vino.

Emily se sentó junto a él a pesar de que su cabeza le instaba a que dejara más espacio entre ellos.

—¿El qué? —insistió.

Saúl dejó la copa apoyada en una pequeña mesa que había frente a ellos y acarició su mejilla provocándole un leve temblor.

—A que alguien me perdone —confesó.

El silencio los rodeó. Un silencio que solo fue roto por el crepitar de las llamas.

—¿Por qué debería perdonarte? —se atrevió a preguntar.

Saúl enredó sus dedos en uno de los mechones rubios de ella y expulsó el aire que retenía.

—Porque la dejé marchar… porque pensé que era mejor para ella que se alejara de mí, que conociera a otras personas que le ofrecieran más de lo que yo podía darle, porque así pudo conseguir su sueño…

Emily retuvo su respiración ante lo que acababa de escuchar.

—Pero… han pasado muchos años y…

—Yo la sigo amando como el primer día —la interrumpió.

Esa confesión consiguió que reaccionara. Se volvió hacia él y enfrentó su mirada azul.

—¿De verdad?

Saúl le robó un suave beso.

—No sabes lo que te he extrañado. —Le acarició el rostro—. En muchas ocasiones, estuve a punto de salir corriendo a Madrid, arrastrarte de los pelos de esa pastelería en la que desapareces y llevarte conmigo.

Em observó ese rostro que le había perseguido en cada sueño durante todos esos años.

—Y… ¿por qué no lo hiciste?

Saúl apoyó su frente en la de ella y entrelazaron sus respiraciones.

—Pensé que lo mejor era que estuvieras lejos de mí —confesó de nuevo.

Emily se apartó de él y le miró.

—¡¿Tú pensaste?! —le recriminó—. ¿Y mi opinión? —Se levantó del sofá y se acercó hasta la chimenea—. ¿No pensaste que quizás yo tenía algo que decir?

—Em… —La siguió.

Ella se volvió y le enfrentó.

—Saúl, no sabes el tiempo que pasé preguntándome qué había hecho mal, qué había de malo en mí para que…

—Shsh… —siseó él, acallando sus palabras posando los dedos sobre

su boca—. No eras tú. Era yo —dudó en cómo hacérselo entender—. Mi vida era sencilla. Era un simple pastor que cuidaba del ganado de otro. No tenía nada que ofrecerte.

Emily agarró sus manos y llamó su atención tirando de ellas.

—Saúl, tú lo eras todo para mí —confesó—. Lo habría dejado todo por ti.

Él le dio un dulce beso y le regaló una triste sonrisa.

—Por eso, Emily —dijo—. Por eso tuve que hacer lo que hice. —Ella le miró sin comprender—. No podía arrastrarte a un pueblo perdido, en la España profunda, donde lo más reseñable era el grupo de música que podía contratar el ayuntamiento cada año por las fiestas. Te hubieras hartado de ello… de mí, al poco tiempo.

Emily le dio un nuevo ósculo mientras intentaba hacer desaparecer las arrugas de preocupación de su rostro.

—Yo te quería y me hubiera dado igual que me llevaras a Nueva York, a París o a «este pueblo que está perdido de la mano de Dios».

El recuerdo de cómo llamaba Emily al pueblo de sus abuelos, donde se encontraban en esos momentos, les hizo reír.

—¿Y ahora? —interrogó.

Ella dudó por la pregunta.

—¿Y ahora qué?

Saúl le robó un nuevo beso y la miró a los ojos.

—¿Me quieres? —susurró.

Emily fijó su vista en los ojos azules, aquellos en los que se podía observar, si prestabas un poco de atención, todos los sentimientos que bullían en el interior de su dueño y lo que vio en ese momento le llevó a tomar una decisión.

—Sí —afirmó.

Ante esa contestación, Saúl se quedó inmóvil, no supo cómo reaccionar.

—¿Saúl? ¿Estás bien? —se preocupó.

Él asintió con la cabeza.

—¿Me has escuchado? —insistió—. Te he dicho que sí. Te quiero.

Saúl sintió la garganta seca, tragó como pudo y la miró.

—Emily, no sabes el tiempo que he esperado escuchar esas palabras.

—¿Y ahora? —le conminó.

Se apartó unos pocos pasos de ella y le dio la espalda.

—Tengo miedo.

Emily fue detrás de él y atrapó su mano para retenerle.

—¿A qué?

Saúl expulsó el aire que retenía.

—A defraudarte. A no ser suficiente para ti. A…

Pero no pudo continuar. Emily le dio un beso silenciando su discurso, evitando que los nervios le traicionaran y dijera algo de lo que pudiera arrepentirse después.

—Shsh… —siseó y volvió a besarle—. Tú solo hazme feliz —le anunció.

En los ojos azules brillaron estrellas, atrapó el rostro de su amada y le prometió:

—Siempre, siempre. —Depositó pequeños besos a lo largo de su rostro—. Siempre.

Em comenzó a reírse.

—Pues si quieres cumplir tu promesa…

—Dime —exigió con apremio.

—Hazme el amor —suplicó.

Saúl la cogió en brazos y se dirigió hacia las escaleras que los llevaría hasta las habitaciones principales arrancándole una profunda carcajada.

—¿Qué haces, tonto? —le preguntó divertida.

Él la miró y le guiñó un ojo.

—Tus deseos son órdenes para mí.

Epílogo

*H*abían pasado toda la noche juntos. Entre besos, caricias, jadeos y risas se reencontraron hasta que la luz de la mañana del día de la boda les hizo saltar de la cama.

—¡Eve me mata! —dijo Emily mientras se recolocaba la falda.

Saúl, que ya estaba vestido con unos vaqueros y una camiseta vieja, observó sus intentos por adecentarse.

—Creo que, después de cómo dejamos anoche a la parejita, lo que menos va a estar es preocupada por dónde puedes encontrarte. —Se rió.

Em le miró y le regaló una sonrisa. Tenía razón. Lo último que vio, cuando abandonaron el bar, fue a Santiago y a Eve muy acaramelados.

Se acercó a Saúl y le dio un beso.

—Y ahora, ¿qué? —le preguntó mirándole a los ojos.

Él la agarró de la cadera y la acercó más a su cuerpo dejando en constancia lo que pensaba su entrepierna de lo que podían hacer en ese momento.

—¿A qué te refieres? —le instó.

Emily se rió con tontuna —sí, estaba enamorada—. Le dio un nuevo ósculo y le acarició la mejilla donde la barba comenzaba a nacer.

—Tú… en Barcelona, yo… —Por unos segundos dudó de que hubiera malinterpretado la declaración de la pasada noche.

Saúl atrapó su rostro y la miró a los ojos. Le dio un pícaro beso en la punta de la nariz y le ofreció una sonrisa seductora.

—Em, después de tanto tiempo… —Un nuevo beso—. Que hemos tardado en reencontrarnos, no pienso dejarte escapar.

—Sí, pero… —No llegó a dar su opinión. Saúl le dio otro ósculo

acallando sus protestas.

—Ya veremos cómo hacerlo —le explicó—. Yo puedo trasladarme a Madrid o tú puedes… —La cara de Emily le indicó que no le gustaba lo que iba a decir, por lo que decidió callar—. Yo puedo trasladarme a Madrid —sentenció.

La sonrisa de agradecimiento que le regaló fue suficiente para Saúl, para comprender que no podría alejarla de sus amigos, de su familia… de *Sweet.*

Em se aupó y le robó un nuevo beso, atrapando su labio inferior para a continuación saborear el superior.

Saúl gimió, agarró su trasero y la pegó a sus caderas.

—Si sigues por ese camino no llegaremos a la boda —susurró.

Fue como un jarro de agua fría.

—¡La boda! —Se despidió de él con prisas, sin apenas darle tiempo a decirle adiós, y desapareció por la puerta.

La risa masculina la acompañó hasta que llegó a la calle.

Echó a correr, intentando llegar lo antes posible a su casa y rezando para que Eve no se hubiera levantado todavía de la cama.

Se iba a celebrar la boda de su hermana, de Eve, y aunque todavía no se lo creía, estaba contenta porque la veía feliz junto a Santiago. Pero lo que menos podía creer es que Saúl y ella volvieran a estar juntos… Saúl…

Entró en la casa, llamando a su hermana y a Oliver a gritos, pero no recibió respuesta alguna, y en su rostro asomó la diversión.

No había nadie.

Oliver seguiría en casa de sus amigos, con los que había pasado la noche, y su hermana…

—Eve, Eve… —Se tiró sobre el sofá cansada, tras la carrera—. Eso de que la novia no debe pasar la noche de antes de la boda con el novio… creo que… no va contigo. —Se rió.

Observó lo que le rodeaba con nuevos ojos y un conejito rosa, apoyado en la estantería, le llamó la atención.

—Creo que tú y yo nos vamos a ver mucho a partir de ahora —le dijo al peluche regalándole una sonrisa soñadora.

FIN

Agradecimientos

Estoy rodeada de gente maravillosa, personas que me animan cada día a que escriba, a que deje volar mi imaginación y pueda compartir con vosotros, los lectores, todo lo que inunda mi cabeza.

¿Por qué no? es uno de esos sueños que me atraparon un día y que si no fuera por Olivia Ardey, amiga y compañera de letras, no habría visto la luz. Gracias por confiar en mí.

Gracias a Noelia Amarillo y a Loli Díaz por leerla antes de que decidiera enviarla y por darme collejas, sermones, sugerencias y un sinfín de buenos consejos con los que he aprendido y he creado una novela que es parte importante de mi vida pero vuestra también.

Y gracias a Juan, por estar ahí todos los días, por escucharme, por regañarme cuando no escribo y por ser mi consejero particular cuando las musas se hacen de rogar. Te quiero.